

cer en aquel sitio; pero que les prometia marchar al siguiente dia á la capital.

La alegría brilló en el rostro de los nobles senadores. Habian temido las asechanzas de Moctezuma, y quedaron tranquilos con la promesa del jefe español. Contentos del éxito de su visita, se despidieron de Cortés, ofreciéndole enviar el número de indios necesarios para llevar los cañones y bagajes, y saludando con afecto á oficiales y soldados, volvieron á la ciudad, llevados en andas sobre los hombros de sus esclavos.

Todo era júbilo en el ejército español. La guerra habia terminado. El ilustre senado de Tlaxcala, no solo acababa de ratificar la alianza celebrada por medio del joven Jicotencatl, sino que espontáneamente habia dado su obediencia al rey de España, declarándose su vasallo.

Ya no encontrarían enemigos que les disputasen el paso.

La marcha hácia la capital del imperio mejicano se haria sin obstáculo, puesto que Moctezuma se manifestaba obsequioso y atento.

Estos eran los ensueños que acariciaban la mente de los soldados españoles.

Veremos si se realizaron.

CAPÍTULO XXXIII

Marcha Cortés á Tlaxcala.—Ovacion que el ejército recibe en todos los pueblos del tránsito.—Brillante recepcion hecha por el senado y el pueblo á los españoles.—Aspecto pintoresco de la ciudad.—Descripcion de la hermosa capital.—Sus edificios; sus mercados; costumbres y carácter de sus habitantes; ajuar de sus casas.—Atenciones con los españoles.—Buena armonía entre éstos y los tlaxcaltecas.—El senado presenta cinco hermosas jóvenes, hijas de los principales caciques, á Hernan Cortés, para que las dé por mujeres á sus predilectos capitanes.—Cortés suplica al senado que dejen la idolatría y abraze el país el catolicismo.—Contestacion del senador Jicotencatl.—El padre Olmedo hace ver á Cortés la inconveniencia de insistir en que dejen sus idolos.—Pide Cortés que se le ceda un templo para su religion, y se le concede.—Se bautizan las cinco virgenes indias, y Cortés las entrega á cinco de sus oficiales.—Consigue Cortés que no se sacrifiquen víctimas humanas y pone en libertad á los que estaban destinados al sacrificio.—El senado da exactas noticias á Cortés del gran poder de Moctezuma.—La república de Huexotzinco envía á Cortés una embajada ofreciéndole su alianza.—El principe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, envia sus embajadores á Cortés, ofreciéndole su ejército para combatir á Moctezuma.—Cortés respeta las autoridades y el sistema de los pueblos que se le unen, dejando á los caciques con las mismas facultades que hasta entonces.—Consulta el camino que debe tomar para ir á Méjico.—Los embajadores mejicanos le invitan que lo haga por Cholula los tlaxcaltecas por Huexotzinco.—Nueva embajada de Moctezuma con un rico presente.—Se dispone la marcha á Cholula.

1519. Era la madrugada del 23 de Setiembre
Setiembre 23. de 1519.

Hernan Cortés, cumpliendo la promesa hecha el dia anterior á los cuatro senadores de la república, se dispo-

nia á salir, dentro de breves momentos, hácia la ciudad de Tlaxcala.

Desde la noche anterior se habian presentado en el campamento quinientos *tamemes*, enviados por el senado, para que condujesen la artillería y los bagajes del ejército español.

Los soldados, dispuestos para la marcha, esperaban la orden de partir.

Los embajadores mejicanos, viendo las disposiciones de Cortés para dirigirse á la corte tlaxcalteca, le manifestaron su resolucion de volver á Méjico, pues temian recibir alguna ofensa de los que siempre habian sido sus irreconciliables enemigos; pero el jefe castellano les suplicó que le acompañasen, garantizándoles que nadie les faltaria en lo mas mínimo, y que serian alojados cerca de él, y accedieron á su deseo.

La marcha se emprendió con el orden y precauciones que jamás descuidaba Hernan Cortés; pero con la alegría natural que causa en el alma un suceso feliz.

La ciudad se hallaba á seis leguas del punto que habian ocupado los españoles. El camino era pintoresco, y le prestaba aun mas encantos la fantasía de los soldados, preocupada con ensueños de ventura y de bienandanza. Campos cubiertos de crecidos maizales; huertas de abundante hortaliza rodeando las aldeas y casas de labranza; bellas sementeras, donde la alubia y el pimiento se daban prodigiosamente; vastos magueyales y risueñas estancias, ricas en variadas y sabrosas frutas, revelaban á un pueblo activo, amante de la agricultura y dedicado al trabajo.

Si ha de darse crédito á la tradicion, el ejército atravesó una profunda barranca, por medio de un puente de cal y piedra, que aun se conserva hasta el dia, y que fué construido expresamente en aquellos dias, para el paso de las tropas de Cortés. Pero sensible es que sea inadmisibile esa tradicion, por mas que uno abrigue el deseo de que fuese cierta (1).

La marcha de los soldados españoles á Tlaxcala fué una continua sucesion de dichas y satisfacciones, que compensaban dulcemente los sacrificios sufridos. En cada pueblo por donde pasaban, encontraban una recepcion que excedia á lo imaginable. Al acercarse á las grandes ciudades que se levantaban en el tránsito, los habitantes todos, sin excepcion de clases, sexos ni edades, salian á recibirles para obsequiarles y ofrecerles su amistad y sus fortunas.

Era, por decirlo así, una marcha triunfal sobre un camino de flores.

Cada habitante procuraba distinguirse de los otros por sus demostraciones de aprecio y de hospitalidad hácia los extranjeros.

(1) «A distancia de un cuarto de legua, caminando á dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un puente de cal y canto de bóveda, y es tradicion en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos dias que estuvo allí Cortés para que pasase». *Viaje*. Lorenzana.

No es verosimil, ni casi posible, que en seis dias, que fueron los que mediaron desde la celebracion de la paz hasta la marcha á Tlaxcala, se hiciese un puente de piedra de una solidez admirable. Hay un motivo para creer que la tradicion no es exacta, en que ni Hernan Cortés ni Bernal Diaz hacen mencion de ese puente, que á existir entonces, hubiera llamado su atencion, como llamaron otros de menos importancia.

Todo era espontaneidad y franqueza de parte de aquellos pueblos, ajenos al fingimiento de la falsa política.

La proximidad á la capital de Tlaxcala fué adivinada por los soldados de Cortés por la multitud de hombres y de mujeres que á gran distancia de la ciudad salió á verles como á séres de privilegiada y distinta naturaleza.

Cuando el ejército llegó á un cuarto de legua de la corte, se encontró agradablemente sorprendido. Los cuatro jefes de la república, acompañados de la nobleza y de un séquito brillante y numeroso, se adelantaron á recibirle, llevando cada uno de ellos una numerosa servidumbre que ostentaba en sus adornos los colores de la divisa de la casa á que pertenecian. Distinguidas damas, entre las cuales figuraban dignamente las hijas de los ancianos senadores, se veian rodeadas de sus jóvenes esclavas, arrojando ramilletes y guirnaldas de flores á los esperados huéspedes. Los sacerdotes, vestidos con largos ropajes blancos, cuya parte superior remataba en una capucha echada hácia atrás; con la lengua y enredada cabellera flotando al aire; brotando sangre de sus orejas, pues se martirizaban por penitencia en todos los grandes acontecimientos; con los rostros inclinados al suelo, y llevando sencillos incensarios en la mano, incensaban á los esforzados extranjeros con aromáticas resinas, elevándose suavemente á los aires blandas nubes de humo que aromatizaban la atmósfera. Los gritos de alegría de la multitud; los instrumentos músicos, más ruidosos que armónicos, que resonaban por todas partes; el canto de varios grupos de jóvenes de ambos sexos entonando himnos en honor á los hombres extraordinarios que les visitaban; los vistosos

trajes de los nobles y guerreros, ostentando brillantes penachos de plumas; y los vivos colores con que la humilde plebe se habia pintado los desnudos cuerpos, llevando solo un ancho ceñidor para cubrir sus pudencias, daban á aquel cuadro un tono original, un colorido y animacion sorprendentes.

Los cuatro jefes de la nacion y los sacerdotes de mas elevado carácter se colocaron al lado de Hernan Cortés, que se manifestaba con ellos afectuoso y agradecido.

Mas de cien mil personas se habian agolpado á ver llegar á los famosos extranjeros, atraidos por la curiosidad y el afan de obsequiarles.

La animacion era indescriptible. Al penetrar en la ciudad, el cuadro se presentó con nuevos encantos para los soldados españoles. Bellas danzas de nobles jóvenes de ambos sexos, haciendo agradables figuras con cintas de flores, se presentaron á recibirles. Las calles se veian adornadas de vistosos arcos de verde enramada y de guirnaldas de flores. Los soldados castellanos marchaban sobre una alfombra de rosas y bajo una lluvia de ramilletes y de coronas que les arrojaban de las azoteas y de las ventanas. La multitud, agolpándose á todas partes, ávida de ver á los extranjeros, obstruia el paso, brillando en su semblante el júbilo y la alegría. Las azoteas, las ventanas, las puertas, las calles y las plazuelas, se veian literalmente llenas de personas de todos sexos y edades que se apiñaban á ver pasar á los afamados huéspedes.

Los agentes de policia lograban dificilmente que se hiciese á los lados la multitud, para que pudiese andar el ejército español.

Por todas partes resonaban las músicas, los gritos de alegría y las aclamaciones á los recién llegados. La alianza con los españoles se consideró por los tlaxcaltecas como un triunfo futuro sobre los mejicanos.

En medio de aquella extraordinaria ovacion que se iba repitiendo por todas las calles del tránsito, llegó Hernan Cortés, acompañado de los gobernantes de la república, á los espaciosos alojamientos destinados á él, á su tropa y á los auxiliares cempoaltecas.

El anciano Jicotencatl, uno de los senadores mas respetables de la nacion y padre del valiente general del mismo nombre, condujo á Hernan Cortés á unos espaciosos patios, y desde allí á los grandes salones que debian servir de habitacion.

Nada faltaba en ellos. Para cada soldado se hallaba dispuesta una cama de buenas mantas, sobre gruesas esteras tendidas en el suelo, pues eran desconocidas las camas de madera.

Obsequiando los deseos del jefe castellano, el senado señaló para los embajadores mejicanos una hermosa sala, contigua á la que ocupaba Hernan Cortés con sus oficiales. Los aliados cempoaltecas se alojaron en otra amplia habitacion, próxima á la de los soldados españoles, y sus jefes en un aposento inmediato.

Los generosos senadores, atentos como pudieran ser los gobernantes de los países mas cultos, dispusieron un gran banquete para el general castellano y sus capitanes. Los soldados fueron atendidos con abundantes víveres, y nada faltó tampoco á los aliados cempoaltecas.

Pero quien llamaba la admiracion general y recibia las

demostraciones mas inequívocas de aprecio, era el caudillo español. Su simpática presencia, su atenta conversacion, su afabilidad y su aire marcial, le habian conquistado las simpatías de la poblacion entera. El anciano Jicotencatl, hombre dotado de un corazon noble y caballeroso, sintió, desde la primera conferencia con el jefe castellano, un verdadero afecto de amistad hácia él. Casi ciego por la edad, tocaba con sus manos el rostro, la cabeza, los brazos, las rodillas y el cuerpo del afamado general, queriendo suplir, con el tacto, las funciones de la vista, para formarse una idea de la figura del individuo y del traje que vestia.

Todo era regocijo y fiesta, y la capital se habia engalanado con sus mas preciosos adornos para presentarse hermosa á los ojos de sus obsequiados huéspedes. A la belleza de sus sólidos y espaciosos edificios, se asociaban los graciosos festones de rosas con que los habitantes habian engalanado las fachadas de sus notables casas y magníficos palacios.

Tlaxcala era entonces una de las ciudades mas notables y populosas que embellecian los ricos países de aquella parte de la América. Hernan Cortés, admirado de su magnificencia y esplendor, la compara en su segunda carta al emperador Carlos V, con la poética Granada; con aquella deliciosa mansion de los reyes moros, en que los poetas se han inspirado para presentar bellísimos poemas y seductores romances (1). Debe comprenderse que no se referia

(1) «La cual ciudad—dice—es tan grande y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que de ella podria decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy mas fuerte, y de tan

á las bellezas arquitectónicas que distinguían los edificios y grandiosos monumentos que ostentaban la magnificencia y atrevimiento de la arquitectura oriental, descollando por su magnificencia la hermosa Alhambra, obra maravillosa del arte, que admiramos en nuestro siglo. Hernán Cortés se refería al conjunto de la ciudad, no á la arquitectura de las casas, sino á la capacidad de los palacios de los nobles y de los caciques, cuyos anchos patios, espaciosos salones, jardines y estanques, eran verdaderamente notables por su capacidad. Se refería á sus buenas calles, á su extensa área, al número de habitantes, á su activo comercio, á sus varias y grandes plazas de mercado, á una de las cuales asistían diariamente mas de treinta mil personas (1). Las casas de la gente de mediana posición eran de adobe, bastante amplias, sin altos, bien blanqueadas y con azoteas: las de los ricos y nobles estaban construidas de cal y piedra, tenían jardín, espacioso patio, amplios salones y grandes terrados que podían considerarse como otros tantos pensiles, por las variadas flores que, en caprichosas macetas, estaban colocadas. Los palacios de los señores y de los caciques, construidos también de cal y piedra, llamaban la atención por su capacidad y extensión. Tenían dos espaciosos patios, grandes salones, muchas y amplias piezas, cuyas paredes, blanqueadas y

buenos edificios, y de muy mucha mas gente que Granada tenía al tiempo que se ganó.»

(1) «Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes.» Carta segunda de Cortés á Carlos V.

bruñidas, brillaban como si fuesen de plata; anchos corredores, grandes jardines, estanques, pajareras, baños y graciosos miradores. Ninguno de los edificios tenía puertas de madera. En vez de ellas, y á fin de evitar que los transeúntes pudiesen observar lo que dentro pasaba, se cubrían las salidas con un tejido de cañas de que pendían pedazos de loza rota, con el objeto de que si entraba alguno, despertasen los de la casa al ruido producido por ellos. Esto imprimía un aspecto desagradable aun á los edificios mas hermosos.

No había en el interior de las casas muebles de lujo; y el adorno consistía en lo bruñido y blanco de las paredes, las esteras que cubrían el pavimento y las estatuas de ídolos representando á sus principales deidades. No usaban sillas ni mesa. Para comer extendían en el suelo, las personas principales, una lujosa estera, la cubrían con blancas servilletas de fino algodón y se sentaban en banquitos muy bajos de madera, junco ó palma. No usaban tenedor ni cuchara, pues hacía las veces de ambas cosas la tortilla ó pan de maíz con que tomaban todo. Las camas de las familias ricas se componían de dos petates gruesos de junco colocados en el suelo, sobre los cuales se ponían otros dos finos de palma, blancas y delicadas sábanas de algodón y una hermosa colcha de la misma tela, tejida con plumas. La almohada era una blanca tela hecha también de algodón, á la cual le daban los dobleces necesarios. Los pobres no tenían mas cama que un petate ordinario, sobre el cual se acostaban, teniendo por almohada un tronco de árbol ó una piedra, y por colcha su *tilmatli* ó capa que hacían del tejido de la pita. Eran desco-

nocidos los candeleros, las velas y aun los candiles. El alumbrado que usaban generalmente era de rajadas de oco-te, que daba suficiente luz y exhalaba un olor agradable, aunque en cambio producía un humo que molestaba (1).

Pero si se desconocían algunas de esas cosas útiles que prestan comodidad á la vida y evitan molestias impertinentes, no carecían de nada de lo que constituye una sociedad bien ordenada y excelentemente regida. Joyerías donde se trabajaba con admirable maestría el oro, la plata y las piedras preciosas; establecimientos de loza fina, que podía competir con la de Europa; bellos tejidos de pluma; finas telas de algodón; pieles curtidas de tigres y de coyotes; calzado, mantas, trajes, tiendas de vestidos, boticas, todo se encontraba en aquellos mercados, «tan bien concertado—dice Cortés—como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo». El ramo de policía se hallaba perfectamente arreglado; bien atendidos los tribunales de justicia, y dirigidos por rectos maestros los seminarios. Nada faltaba para la seguridad, ni aun para la comodidad del hombre. Abundaban las barberías, y no escaseaban las casas de baños, donde se tomaban de agua tibia ó de vapor.

Todo revelaba una civilización bastante adelantada, que estaba en contraste con el atraso en que los españoles encontraron las islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico.

(1) La descripción de las casas tanto interior como exterior, la hice ya al hablar de la capital de Méjico, en el tomo primero, desde la página 671 hasta la 675. Se puede aplicar á las de Tlaxcala, puesto que las costumbres domésticas eran las mismas.

Hernán Cortés y sus soldados no podían menos que admirar las bellezas y buen orden de una ciudad que por mucho que sus objetos fuesen vistos por el prisma de la exaltada imaginación, revistiéndoles de un colorido más brillante y de dimensiones que excediesen de lo que en realidad tenían, no por esto dejaban de ser realmente notables. La ciudad, en una palabra, era grandiosa, y sus habitantes de clara inteligencia y de talento despejado (1). Estaba dividida, como queda referido, en cuatro barrios que podían considerarse como otras tantas ciudades reunidas, cada uno de los cuales se hallaba gobernado por su señor, que, unido á los otros tres, formaban el gobierno general ó senado de la república. Los habitantes de cada uno de esos cuarteles eran vasallos inmediatos de su señor; y en la guerra llevaban la librea y el estandarte de su casa, que estaba situada en el mismo cuartel, ocupando un espacioso terreno. Lo admirable es que nunca se interrumpió la buena armonía de los cuatro jefes, ni se dio el caso de que alguno se manifestase disgustado en las resoluciones tomadas por la mayoría en asuntos pertenecientes al gobierno general. La emperatriz ciudad de la guerrera república, se reclinaba en medio de cultivadas campiñas, en que el laborioso y frugal tlaxcalteca recogía, en abundancia, el fruto de su trabajo. En las elevadas cimas de los cerros, que próximos se descubrían, se levantaban pintorescas aldeas con sus blancos y sólidos *teocallis*, y en sus suaves laderas se descubrían las

(1) «Entre ellos hay toda manera de orden y policía, y es gente de toda razón y concierto.» Segunda carta de Cortés á Carlos V.